

Amistad y pensamiento. Homenaje a Leonor Arfuch

Friendship and thinking. Tribute to Leonor Arfuch

Eva Alberione

CIFFyH-UNC / UBA

Resumen

En este artículo atravesado por el afecto, Eva Alberione reflexiona sobre el impacto de la obra y el legado de Leonor Arfuch, quien fuera su directora, maestra y amiga hasta su muerte, en octubre de 2021. Siguiendo su impronta, lo hace retomando aspectos teóricos y (auto)biográficos, tramando fragmentos de la vida compartida y de sus textos, habitando ese *espacio biográfico* que ella tan lúcidamente supo describir. Podemos descubrir así en el texto sus inquietudes e intereses intelectuales, pero también asomarnos a su hacer cotidiano y a su singular modo de entender la producción de conocimiento.

Palabras clave: Arfuch; espacio biográfico; subjetividad; narrativas; memoria; afectos

Abstract

In this affectionate article, Eva Alberione reflects on the impact of the work and legacy of Leonor Arfuch, who was her director, teacher and friend until her death in October 2021. Following her imprint, she does so by taking up theoretical and (auto)biographical aspects, weaving fragments of their shared life and texts, inhabiting that biographical space that she so lucidly knew how to describe. We can thus discover in the text her concerns and intellectual interests, but we can also look into her daily activities and her unique way of understanding the production of knowledge.

Keywords: Arfuch; biographic space; subjectivity; narratives; memory; affects.

“Escribir, para mí, es una manera de entender”.
Clarice Lispector

¿Qué es un legado, eso material o inmaterial que nos deja alguien, que se transmite de una generación a otra, y que de algún modo signa nuestras vidas? ¿De qué material sensible está hecho? Tal vez sea una sucesión de recuerdos, sensaciones, afectos. Lo cierto es que resulta difícil hablar de un legado intelectual en soledad, de algún modo es siempre compartido, al menos por los partícipes de esa relación singular. Por eso, para hablar del legado de Leonor Arfuch, en este primer aniversario

de su ausencia, quizás sea preciso convocar algunos recuerdos y anécdotas –privados y públicos–, retomar sus inquietudes y también su palabra.

Ante todo, y aunque suene obvio, vale decir que el legado de Leonor es lo que nos dejó a todos los que leímos sus textos, compartimos sus clases o conferencias, conversamos con ella. Esa pregunta que nos conmovió, la frase que quedó resonando en la memoria, el texto o autor que nos hizo conocer, la inquietud metodológica que sembró. También el deseo de escribir teoría de un modo poético o la insistencia en el ensayo como forma de desarrollo del pensamiento.

Su trayectoria tuvo numerosos hitos, pero se pueden rastrear en ella ciertas continuidades temáticas que se despliegan y crecen a lo largo de los años: del análisis de la labor de los medios durante el Juicio a las Juntas a la entrevista como dispositivo, y de allí a la conceptualización del espacio biográfico. Ello da lugar luego a reflexiones en torno al sentido de la intervención crítica, y a su posterior preocupación por las memorias y las narrativas del pasado reciente, explorando siempre los límites, los territorios transfronterizos, los umbrales –por usar una palabra que a ella le encantaba–. Se detiene por último en los múltiples modos en que una vida es narrada, tema que Leonor expone en su último libro que fuera presentado en Córdoba en 2018, durante el mismo viaje en el que participó del lanzamiento de la revista *Heterotopías*.

Es posible recuperar también algunas insistencias: su interés por las múltiples formas que asume lo biográfico en las sociedades actuales, y por las subjetividades que allí se exponen, el peso que adquiere lo afectivo, los elementos teóricos que ofrece la teoría de las narrativas para el análisis, la importancia de las memorias –en plural, siempre en plural–, la profunda imbricación entre tiempo, espacio y afecto, la conciencia de su rol como intelectual crítica, la responsabilidad ética y política que para Leonor subyacía a todo análisis, la apuesta por el arte y su poder traductor y transformador de lo traumático, las tramas afectivas y las narrativas producidas por mujeres.

Sin embargo, ¿podemos escribir hoy sobre la producción intelectual de Leonor sin detenernos en su propia biografía, en sus rasgos personales, sus pequeñas obsesiones, en su método cotidiano de trabajo? ¿Lograremos hacerlo con la delicadeza barthesiana con que ella lo haría? Me pregunto si es factible este texto sin mi propia impresión, sin mis recuerdos “con” y “de” ella, sin caer en la “tentación biográfica”, en esa fascinación por “andar sobre los pasos de un otro” (Arfuch, 2018, p. 10) a la que se refirió tantas veces. ¿Cuál sería el sentido de este desliz biográfico? ¿Qué aportaría que no esté presente ya en sus textos? Quizás solo permita descubrir ese entrecruzamiento entre vida y obra

sobre el que tanto le gustaba hablar. Solo resta entonces lanzarnos a la aventura, transitar esos territorios y límites difusos que Leonor manejaba con sutileza y maestría.

Una casa con timbre y un cartel

Conocí a Leonor allá por marzo de 2016; antes, habíamos intercambiado algunos correos electrónicos y me había citado en su casa, una antigua casona refaccionada con un patio hermoso y lleno de plantas. Recuerdo que esa primera vez me sorprendieron dos cosas. Ante todo, que Leonor me invitara allí; es decir, que esa primera reunión para conocernos antes de aceptar dirigir mi trabajo tuviera lugar en un territorio tan íntimo. Luego entendería que su casa era un espacio privado, pero al mismo tiempo público, donde transcurría gran parte de su vida y de su producción intelectual: el intercambio con amigos y colegas, los tiempos de lectura y escritura, los afectos, el seguimiento atento de la actualidad, el contacto con los objetos que amaba.

Al llegar, me sorprendería también una pequeña placa de acrílico con una leyenda, colocada en la puerta junto al buzón. Esta indicaba que, si iba a entregar libros o revistas, no los doblara, que por favor tocara el timbre. Comprendí en ese momento el cuidado y cariño con el que ella recibía cualquier envío, cómo atesoraba esos ejemplares que consumía vorazmente, y cuán rigurosa y detallista era con ello. Casi una metáfora del rigor, detalle y amor con que realizaba luego sus análisis.

Si tuviera que hacer un inventario rápido, podría decir que en la casa de Leonor había – además de aquel cartelito acrílico en la fachada–: a) revistas y muchos libros –teóricos, de entrevistas, de artes visuales, de poesía, y novelas, muchas novelas–, distribuidos cuidadosamente en las bibliotecas y sobre cada mesa del amplio living; b) un jardín verde con muchas plantas y un mullido pasto japonés del que estaba orgullosa; c) una gran variedad de cafés y tés traídos de múltiples viajes –propios o de amigos que sabían cuánto valoraba ella esos pequeños hallazgos–; d) un gato negro, Zulú, rebelde y curioso como su dueña; e) medialunas –siempre había medialunas–, que Leonor calentaba para sus visitas en un tostador, porque le gustaba que estuvieran crujientes.

Uno podría preguntarse qué tiene que ver todo esto con su legado teórico, o con su singular modo de construir conocimiento. Pero, para entender a Leonor, había que entrar un poco en su mundo. Un mundo donde la amistad –el diálogo amistoso, cuyo epicentro era precisamente su casa–,

era un modo cotidiano de ejercitar el pensamiento. En este sentido, se consideraba “profundamente bajtiniana”, ya que su modo de producir conocimiento era siempre a partir del intercambio con otros, a quienes seleccionaba cuidadosamente para conversar y conocer sus opiniones sobre esto o aquello. No había para ella en esta instancia roles fijos ni galones. Entablaba relaciones de paridad donde departía animadamente sobre los múltiples temas que le interesaban en ese momento: un libro, una muestra de arte, una foto, una noticia, un personaje, algo sucedido en las redes o en algún programa televisivo, una anécdota familiar, un recuerdo repentino, algo que la había inspirado.

Leonor creía en la importancia de dedicarle tiempo a conversar con amigos. Hablaba mucho por teléfono, siempre atenta a unos y otros. Entre sus amigos se contaban intelectuales y artistas provenientes de distintos campos como Ernesto Laclau, Chantal Mouffe, Nelly Richard, Judith Butler, Pablo Oyarzun, Nury González, Lorena Amato, Michael Lazzara, Doreen Massey, Règine Robin, Ana Amato, Héctor Schmucler, Diego Tatián, Roxana Patiño, Nicolás Casullo, Carolina Mera, Mariana Wikinski, María Stegmayer, Inés Dussel, Nora Goldman, Sara Cohen, Gisela Catanzaro y tantos otros.

Muchos de estos intercambios pueden rastrearse en las notas a pie de sus libros y artículos; porque siempre que Leonor consultaba algo o recibía un aporte que le parecía importante, generosamente mencionaba a su interlocutor. Esas pequeñas huellas y marcas del afecto –producto de sus charlas con poetas, historiadores, psicoanalistas, artistas, críticas y críticos literarios y de arte, gestores culturales o miembros de sus grupos de estudio– quedaban en sus textos como testimonio del complejo entramado que conformaba su mundo.

A la hora de conversar, Leonor era curiosa, le gustaba preguntar –sabía hacerlo– y escuchaba con atención y detenimiento, como quien colecciona anécdotas o detalles... algunos aparecerían luego en sus amados pies de página¹. También le gustaba agasajar a sus invitados y disfrutaba mucho de salir a comer. La combinación de amigos, comida y charla era uno de sus planes preferidos.

El arte de la escucha

Esa capacidad de escucha que Leonor tanto ejercitaba quizás haya sido el germen de uno de sus primeros libros, *La entrevista, una invención dialógica*, publicado en 1995 con prólogo de Beatriz

¹ Los pies de página eran el lugar donde Leonor se permitía anticipar un tema que estaba entrando en su área de interés, reconocer el aporte de un amigo o colega, introducir una “perlita” o curiosidad, un ejemplo o anécdota que había encontrado en sus variadas lecturas y que daba cuenta de su erudición y eclecticismo.

Sarlo y reeditado en una versión ampliada en 2010. Allí, planteaba la centralidad del género para la comunicación contemporánea y la investigación social. A través de un análisis detallado y riguroso de gran cantidad de entrevistas de variado tipo, el texto señalaba cómo ese *género discursivo* cercano a la conversación cotidiana, pero sujeto a estrictas normas sociales, excedía el quehacer periodístico para convertirse en una suerte de “género estrella” que ganaba centralidad y relevancia en la vida pública de aquellos años –de los ámbitos laborales a los terapéuticos, pasando por los de la divulgación científica, la investigación y el arte–.

Leonor se detenía entonces tanto en las dimensiones formales como en los usos sociales de la entrevista para bosquejar un panorama de época. Señalaba además las paradojas de su propia construcción, marcando que ese diálogo que cotidianamente se presentaba como “el acceso más inmediato a una palabra auténtica, testimonial, autorizada”, construye su propia credibilidad “con procedimientos propios de los géneros de ficción, literarios o mediáticos (...), y su ‘objetividad’ puede derivar curiosamente de la puesta en escena, a veces exacerbada de la subjetividad” (2010, p. 20).

Más allá de esto, allí donde otros veían solo una técnica de aplicación casi mecánica, ella atisbaba un ámbito privilegiado en el cual leer la reconfiguración de lo público y lo privado, así como la espectacularización de la política que estaba teniendo lugar a mediados de los 90. Así, esta creciente centralidad de la entrevista posibilitaba una suerte de “efecto de cercanía”, cierta relación de proximidad con las “figuras públicas” –en particular, con los políticos, pero también con artistas, intelectuales, deportistas y un amplio etcétera–. Le interesaba entonces cómo se ponían en juego allí lo íntimo, lo privado y lo público, las inflexiones de la afectividad a las que daba lugar y los cambios sociales y culturales a los que ello obedecía.

Sin embargo, Leonor percibía también en la entrevista la posibilidad de otro tipo de diálogo, uno que conllevara una “mutua implicación existencial” de los sujetos intervinientes (Sarasa, 2012, p. 189). Un juego intersubjetivo en el que hubiera lugar para la voz del otro –de les otras– que albergara la multiplicidad y la diferencia. Para ella:

(...) en esa potencialidad, radica quizás la especificidad de la entrevista, su vieja cualidad socrática de ayudar a dar luz, de poner en palabras y en sentido experiencias, saberes, vivencias, sufrimientos... una cualidad que hace al conocimiento y más profundamente a la *comunicación*, no en el imaginario de la mismidad, del significado que llega sin mella de un hablante a otro (...), sino en la posibilidad de comprender desde la diferencia irreductible con el otro. Que es por otra parte, una de las maneras de entender la relación ética. (2010, p. 151)

La tentación de lo biográfico

Algunos rasgos peculiares pueden ayudarnos a comprender un poco más los pormenores de su trabajo, porque en el modo de hacer de Leonor, vida y obra confluían. Su producción se dejaba siempre conmovir –más o menos explícitamente– por las vicisitudes de lo biográfico y lo autobiográfico. La afectación que le provocaban los sucesos que impactaban en las vidas ajenas, y los avatares de su propia existencia dejaban pues estelas en su trabajo. Sus propias nociones pueden servirnos entonces para analizar ciertas marcas.

En este sentido, *El espacio biográfico* (2010 [2002]), una de sus obras centrales, resulta un “horizonte de inteligibilidad” para pensar las formas de irrupción y circulación del “yo” en la escena contemporánea, así como los devenires de las redes y las nuevas formas de escritura y narración atravesadas por lo digital. Su análisis se centra en la creciente e insistente presencia del “yo” a partir de la proliferación de narrativas vivenciales en múltiples formatos y géneros –de la biografía o autobiografía al *talk show*, de la entrevista a las formas híbridas que asume esta presencia en los medios y el espacio público–. Estas son utilizadas para dar cuenta tanto de vidas célebres como de aquellas de ciudadanos de a pie; formas sintomáticas que permiten trazar un clima de época que se verá luego exacerbado por las redes sociales.

Leonor da cuenta así de lo que considera una verdadera reconfiguración de la subjetividad contemporánea y se interesa por cómo se construye ese “yo”, y de qué manera se trastocan las fronteras entre lo personal, lo íntimo y lo público. Postula que “lo biográfico se define justamente como un espacio *intermedio*, a veces como mediación entre público y privado; y otras, como indecibilidad.” (2010, p. 27). Un espacio *entre* –un “singular habitado por la pluralidad” (248)– donde se revela la imbricación profunda entre individuo y sociedad². Asimismo, destaca la riqueza que ofrece esta pluralidad de narrativas para la afirmación de *otras* voces, habilitando nuevos sentidos para la democracia.

El análisis de estas narrativas biográficas demanda no obstante ciertas claves singulares de lectura y Leonor hace gala de su singular método. Según sus palabras:

² En este punto, Lorena Amaro (2022) señala que Arfuch “fue de las primeras en preguntarse si era la exhibición de la intimidad la contracara del fracaso de las utopías sociales, su banalización”. (2022, p. 18)

(...) aun cuando esté en juego cierta 'referencialidad', en tanto adecuación a los acontecimientos de una vida, *no es eso lo que más importa*. (...) no es tanto el 'contenido' del relato por sí mismo –la colección de sucesos, momentos, actitudes– sino, precisamente, las *estrategias –ficcional– de auto-representación* (...). No tanto la 'verdad' de lo ocurrido sino su construcción narrativa, los modos de nombrar(se) en el relato, el vaivén de la vivencia o el recuerdo, el punto de la mirada, lo dejado en la sombra... en definitiva, qué historia (cuál de ellas) cuenta alguien de sí mismo o de *otro yo*. (2010, p. 60)

Por último, en *El espacio biográfico*, puede percibirse una vez más la influencia de la teoría bajtiniana de los géneros discursivos y la consideración del *otro* como figura determinante de toda interlocución. Arfuch toma también de Bajtín la idea de *valor biográfico*, así como la noción de *identidades narrativas* propuesta por Ricoeur y la de performatividad del lenguaje planteada por Benveniste. De ese combo explosivo ella extrae un ensayo original, atrevido y señero, que aún permite interrogar el presente.

Leonor protagonista

Imposible avanzar en el análisis de su obra sin detenernos en las cualidades que hacen de Leonor la protagonista de este artículo. Podemos comenzar diciendo que era muy erudita y ecléctica en sus lecturas. Estudiaba con fruición y siempre estaba atenta a nuevos textos y autores. Una anécdota la pinta de cuerpo entero. Leonor contaba que había estudiado la escuela francesa en los mesones de la biblioteca de la Alianza Francesa de Buenos Aires. Se había pasado meses sentada allí, practicando su francés y leyendo todo lo que encontraba, ejercitando una rigurosa autodisciplina que sostendría toda la vida.

Aunque no lo pareciera, más allá de su confianza, Leonor era también bastante pudorosa. No le gustaban las citas redundantes, las camarillas, ni los elogios excesivos. Lo transdisciplinar no era para ella una mera enunciación, era su modo de ver el mundo, de tratar de entenderlo a partir de múltiples abordajes y miradas. En eso era también muy ávida. Permanentemente pedía recomendaciones a amigos y conocidos: de nuevos libros, de lugares para visitar, de autores, obras y exposiciones, y se detenía en ellos, fueran o no de su agrado. Parecía como si su universo estuviera siempre en expansión, porque además Leonor se aburría; y, cuando se aburría, necesitaba nuevos desafíos. Quizás, ello otorgaba a sus trabajos la riqueza y profundidad de quien ha transitado muchos caminos.

Como parte de ese afán expansivo, le gustaba mucho viajar, conocer nuevos lugares y personas. Tenía para ello una energía desbordante y arrolladora. En cada sitio al que iba, daba con alguien que le mostrara lugares ocultos, le contara historias, la acompañara a descubrir cosas. Durante su estancia los arrastraba aquí y allá con gran fruición y compartía largas horas de charla. Siempre volvía de sus viajes contenta y renovada, con nuevas amistades de todas las edades, porque Leonor no hacía tampoco distinciones en eso.

A lo largo de su extensa trayectoria, recibió varias becas que le permitieron hacer estancias de estudio e investigación en el exterior, pero sobre todo entablar diálogos fecundos con otros colegas y dar rienda suelta a nuevas inquietudes o intereses. Como fruto de su estadía en Inglaterra, por ejemplo, concibió y compiló el libro *Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias* (2016 [2005]), donde muchas de esas conversaciones con intelectuales de las más variadas disciplinas –desde filósofos, sociólogos y geógrafos hasta literatos y poetas–, tomaron cuerpo en un libro que mapea una serie de preocupaciones comunes en torno a la contemporaneidad y las subjetividades. Tras cada ensayo se percibe la mano magistral de Leonor organizando, hilando, zurciendo cada una de esas contribuciones para conformar una mirada compleja y múltiple que fuera capaz de albergar a todos sin imponer un sentido único.

Como maestra, puedo decir que Leonor era exigente, meticulosa, firme. Impulsaba siempre a ir un poco más allá, a forzar los límites, a explorar zonas fronterizas, a asomarse a nuevos umbrales, nunca imponiendo sus ideas, sino acompañando y dejando hacer. A veces eso resultaba desconcertante. Leonor conversaba, respondía preguntas, leía textos, sugería autores, pero nunca indicaba qué hacer o qué pensar. Confiaba en que cada uno lograría resolverlo a su manera. Era también muy generosa. Si ofrecía su amistad, asumía una responsabilidad personal, se ocupaba. Era también una brillante conversadora y oradora que sabía transmitir el deseo de escribir y la preocupación por dar con el tono que requería cada texto.

Un pensamiento sensible y en movimiento

En sus obras Leonor dejaba expuesta una posición no esencialista del sujeto, que contemplaba la posibilidad de desplazamientos, corrimientos subjetivos y variaciones a lo largo del tiempo. Se resistía a pensar en las personas como algo fijo o estanco. Su mirada incisiva estaba siempre alerta a las pequeñas alteraciones, a los cambios de posición, a los matices, a las ausencias u omisiones, a las metáforas, alegorías y rodeos con que sutilmente se desenvuelven las subjetividades, sobre todo

aquellas que llevan consigo marcas traumáticas. Quizás por ello el suyo era un pensamiento en movimiento, sensible al afecto y la afectación. Un pensamiento desafiante que se dejaba conmovir por una pregunta, una inquietud, una emoción.

La mirada de Leonor era sagaz y lúcida, y tenía una impresionante capacidad para leer los cambios de época. Mientras muchos seguíamos atentos las producciones de hijas e hijos de desaparecidos, presos o exiliados, por ejemplo, ella avizoraba ya los dilemas a los que nos enfrentaríamos la necesidad de dar cabida también a las generaciones venideras de nietos y biznietos de las víctimas del terrorismo de Estado. Era en ese sentido muy visionaria. Intuitivamente detectaba los signos de cambio “en el aire”, veía más allá y escribía sobre ello, siempre escribía. Era su forma de pensar.

En el día a día, Leonor estaba siempre atenta a las noticias, todo le llamaba la atención y le preocupaban los devenires del país y la política. Se abría al presente, a lo inesperado, y estaba atenta a las nuevas irrupciones. Pero también creía fervorosamente en el valor de detenerse: a pensar, a conversar, a argumentar, a escribir, a hablar por teléfono. Era consciente de que el diálogo y la escucha requerían tiempo y que esa actitud era, en épocas de fugacidad y redes, profundamente subversiva.

Leonor creía firmemente en un decir cuidadoso y en el respeto de los silencios, tomando distancia de cualquier atisbo de banalización o espectacularización. Sus textos son obras poéticas, sutiles y rigurosas, que nunca infringen los límites del pudor ni se permiten el regodeo en el sufrimiento ajeno. También sabía que el campo de “indagación sensible” con el que trabajaba requería de una tarea interpretativa –hermenéutica– particular, “donde lo emocional, en el profundo sentido de la relación dialógica, es un factor determinante” (Sarasa, 2012, p. 190), y asumía una responsabilidad ética. En este sentido, como señalan Ana Levstein y Soledad Boero (2018)³, Leonor apostaba por la construcción de un *pensamiento sensible* capaz de convocar al mismo tiempo lo afectivo, lo cognitivo, lo discursivo, lo argumental.

El sin fin de las memorias

Otro de los ejes que articuló su producción fue el de las memorias. En *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites* (2013), abordó la inquietud en torno a una serie de narrativas del pasado

³ En la reseña de *La vida narrada*, publicada en esta misma revista en 2018 (Levstein y Boero, 2018).

reciente atravesadas por la marca autorreferencial o autobiográfica⁴. Consideraba que estas eran la “huella perentoria de un pasado abierto como una herida, cuya urgencia nos ‘salía al paso’ (...) en voces, imágenes, polémicas, materialidades, trazos, gestos. Gritos y susurros” (2013, p. 13).

Su preocupación era –una vez más–, lo que había de colectivo en esas marcas singulares; es decir, la matriz política de las manifestaciones subjetivas. En este sentido se preguntaba:

¿qué distancia hay del *yo* al *nosotros* o, mejor, a un ‘tenue nosotros’, como gusta decir Judith Butler? ¿Cómo se entrelazan en esas narrativas lo biográfico y lo memorial? ¿Qué formas (diversas, enmascaradas) adopta allí lo auto/biográfico? ¿De qué manera el relato configura la experiencia? Y ¿cuál es el linde entre testimonio y ficción? (2013, p. 14)

Intentaba pues buscar claves interpretativas para analizar esas subjetividades situadas, signadas por un pasado traumático, tanto en términos estéticos como éticos y políticos, en un intento “de abrigar con la palabra el desamparo” (18). Sin embargo, más allá de este interés por lo colectivo, se detenía en la importancia y singularidad de cada narrativa. Su posición a favor de la multiplicidad, señalando la imposibilidad de clausura de las memorias, resulta inquietante y esclarecedora:

cada relato transforma la vivencia, la dota de otro matiz. Quizá, de otro sentido. Cada relato anota también una diferencia en el devenir del mundo. Inscribe algo que no estaba. Algo que nunca deja de brotar. Por eso las clausuras [y se refería a ciertas pretensiones reconciliatorias de la época] suenan autoritarias. (...) La experiencia dice que si bien hay temporalidades de la memoria los relatos nunca se acaban. (2013, p. 15)

Leonor consideraba además que, en materia de memorias, nada podía darse por ganado, sobre todo en un contexto de expansión del neoliberalismo y de fortalecimiento de las derechas y los neofascismos. Se trataba de territorios a defender que requerían de nuevas estrategias que hicieran lugar también a las voces nuevas que continuarían sumándose. Insistía, asimismo, en la preocupación por la delicadeza –término que tomaba de Barthes–, que suponía “traer el pasado al presente”, sobre todo en el caso de las memorias traumáticas. Ello debía ir acompañado por una escucha “atenta a las vacilaciones, los sobresaltos, los silencios, cuidadosa de no infringir, en aras de ‘la buena causa’ los umbrales de la privacidad y el pudor” (2018, p. 78).

⁴ Leonor listaba como parte de esta serie de narrativas a producciones tan variadas como testimonios, cartas, memorias, biografías, relatos de vida, diarios de cárcel, cuadernos de notas, autoficciones, recuerdos, agendas, fotos, entre otras.

Un método riguroso que se deja conmover

La forma de trabajo que utilizaba Leonor para sus análisis merece un párrafo aparte. Ella no creía en una metodología única, que pudiera aplicarse como una ‘receta’. Por el contrario, su método se basaba en la impresión y la escucha, en dejarse conmover e interpelar por el objeto de estudio. Ello nunca implicaba abandonar el rigor analítico, pero sí adaptar esa vasta “caja de herramientas” que tomaba aportes de la semiótica, la semiología, el análisis del discurso, la crítica literaria y cultural, el psicoanálisis, la teoría de las narrativas, las ciencias sociales o las humanidades a lo que el objeto de estudio requería. Y si alguna de esas herramientas resultaba inapropiada, animarse a cambiarla.

Leonor siempre se arriesgaba a explorar nuevos temas, proponía cruces inesperados, forzaba los límites disciplinares. De hecho, fue una de las primeras en dar cabida en sus trabajos sobre memorias del pasado reciente a las hijas e hijos desobedientes, destacando además el tremendo desafío ético de escucha –en el sentido fuerte que le otorga Derrida⁵– y hospitalidad que esa singular palabra demandaba.

Creía firmemente en el “rodeo” como método, en esos modos indirectos o alegóricos de abordar el material sensible de lo biográfico y las memorias (2013, p. 55); y seleccionaba para ello objetos disímiles que hacían también del “rodeo” su forma preferente. Sus *corpus* de análisis sorprendían por su originalidad: de entrevistas periodísticas a una instalación de artes visuales, de cierto formato televisivo a fragmentos de una investigación de campo, de un libro editado años atrás o un filme a los avatares de un blog o algún acontecimiento en las redes sociales... todo lo leía con el mismo rigor analítico, considerando sus dimensiones políticas, estéticas y éticas.

El método Arfuch hacía énfasis en los cruces –en el “*in between*”, como solía decir–. Entrecruzamientos guiados por la agudeza de su mirada, así como por el afecto y la afectación. Cruces entre disciplinas, entre géneros discursivos, entre objetos de estudio, entre tipos variados de interlocutores⁶. La hibridez y lo fronterizo eran territorios en los que se movía con facilidad. En sus análisis ponía énfasis en lo diverso y –siguiendo a Benjamin– hacía gala de su amor por los detalles.

⁵ Según ella misma postula, se trata de una escucha entendida “como *tensión, disposición hacia el otro*, que supone tanto la apertura afectiva, la percepción de los detalles, como una fundada curiosidad analítica.” (2018, p. 58)

⁶ La mirada y las voces de académicos, escritores, artistas, periodistas, víctimas que daban su testimonio, poetas y un amplio etcétera convivían de este modo productivamente en la obra de Leonor, sin que ninguno opacara o tuviera mayor peso sobre otro.

Su singular modo de trabajo buscaba ir más allá de los mecanismos usuales de análisis del discurso y la enunciación, para reparar en lo que ella denominaba el componente *narrativo*.

A modo de ejemplo, en *La vida narrada*, esboza algunos de los ejes –nunca definidos *a priori*⁷– sobre los que solía detenerse. Entre otros aspectos, señala la importancia de estar atentos como investigadores a

cómo se cuenta una historia, cómo se articula la temporalidad en el relato, cuál es el principio que se postula, cómo se entraman los tiempos múltiples en la memoria, cómo se distribuyen los personajes y las voces, qué aspectos se enfatizan o se desdibujan, qué causalidades –o casualidades– sostienen el desarrollo de la trama, qué zonas quedan en silencio o en penumbra... (2018, p. 67)

Vida y escritura

Pero Leonor era, además de una intelectual, una brillante escritora. Amaba escribir y se ocupaba mucho de sus textos. Sabía jugar magistralmente con el lenguaje, crear tramas, hilvanar fragmentos. Sus escritos son como filigranas, donde nada queda librado al azar. Eludía la repetición a fuerza de un trabajo concienzudo de elección de cada término, incorporaba metáforas, alteraba el orden del relato. De este modo conseguía sorprender y eludir *clichés*. Tenía además un “toque mágico” gracias al cual lograba –cambiando algunas palabras, agregando signos de puntuación, reordenando oraciones o párrafos– que un fragmento plano y sin gracia cobrara de pronto interés y vitalidad. Bastaba que un texto pasara por las manos y los ojos atentos de Leonor para que irradiara repentina e inesperadamente una nueva luz.

Cuántas veces he vuelto a sus libros y artículos en busca de algo de esa magia, de ese modo de decir con sutileza y contundencia, con sentimiento y razón. A veces sus textos funcionan para mí como una suerte de I-Ching. Si estoy perdida en la escritura o el análisis los releo y siempre encuentro allí alguna frase orientadora, una pregunta inquietante, una punta desde donde tirar del ovillo. Sea el tema que fuere, es casi seguro que Leonor lo anticipó, hizo un análisis del mismo y lo escribió además maravillosamente.

⁷ En una entrevista realizada por María Cristina Sarasa en 2012, Arfuch planteaba la necesidad de adecuar objetivos y metodologías, y advertía claramente que “no hay ‘recetas’ válidas para toda circunstancia” (Sarasa, 2012, p. 189).

La relación con la escritura marcaba el día a día de Leonor. Si se inspiraba, podía pasar horas encerrada en su escritorio escribiendo. Ese era un día feliz, y estaba locuaz y verborrágica. Los días en que la palabra le resultaba esquiva o no conseguía encontrarle la vuelta a un texto, por el contrario, se ponía tensa, malhumorada. El particular cuidado que tenía por el lector se manifestaba en un tipo de escritura atenta al armado de las frases, a la estructura de los textos, a la extensión de cada capítulo, siempre pendiente de no aburrir, no subestimar, no sobreabundar.

La Leonor escritora era una gran creadora de títulos. Estos eran precisos y sutiles a la vez, y solían conllevar una impronta poética. *Pretérito imperfecto. Lecturas críticas del acontecer* (2008), *Crítica cultural entre política y poética* (2008), *Pensar este tiempo, espacios, afectos, pertenencias* (2016 [2005]) y *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política* (2018) son solo algunos ejemplos de su extraordinaria capacidad para invitar, convocar, provocar el deseo de lectura con unas pocas palabras. Tenía además la virtud de hacer de cada final un comienzo. Por ello solía cerrar sus artículos o libros anticipando inquietudes o dilemas, formulando preguntas –a veces incómodas– que dejaban pensando. No le tenía miedo al futuro, lo miraba de frente, desafiante, y siempre veía allí una posibilidad. Sin embargo, este optimismo no le impedía tener una mirada crítica, alejada de cualquier actitud edulcorada o complaciente.

Una intelectual comprometida con su tiempo

Leonor era aguerrida y sabía dar batalla. La caracterizaba una lengua filosa y una actitud firme, crítica, siempre esperanzada en el futuro. Una vez, al cabo de un tratamiento de salud, decidió empezar a llevar el cabello muy corto y lucir sus canas. Fue un gran cambio. La recuerdo bajando por la escalera con sus pantalones entallados y un gran remerón negro, el pelo casi *punk*, todo blanco y una sonrisa enorme. Le dije que parecía una abuela *rocker* –una suerte de Vivienne Westwood argentina–, comparación que le pareció de lo más divertida. Aún de las situaciones complejas, Leonor salía siempre renovada, alegre, con nuevos proyectos.

El espacio biográfico la había hecho conocida y le había permitido recorrer varios países. A pesar de los años transcurridos, sus planteos seguían tan vigentes que año a año la convocaban de distintos lugares para dar clases, charlas y conferencias. Lejos de sentarse a descansar en los laureles, Leonor veía en cada invitación la posibilidad de actualizar sus reflexiones, articulando sus intereses con el *leit motiv* del encuentro o con algún tema de actualidad que hubiera llamado su atención y sobre el que le parecía necesario tomar postura pública.

Por la sutileza de su escritura y lo contemporáneas de sus reflexiones, su trabajo no solo no ha perdido vigencia, sino que por el contrario parece encontrarnos a la vuelta de cada nueva inflexión, como si estuviera esperándonos. Quizás por ello su obra goza de cada vez mayor reconocimiento en Chile, Brasil, México, España, y continúa expandiéndose hacia nuevos horizontes, despertando el interés no solo de críticas y críticos culturales y semiólogos, sino también de historiadores, antropólogos, educadores, filósofos y artistas. Como ejemplo de estas nuevas recepciones, podemos mencionar la traducción de varios de sus libros al inglés, portugués e italiano.

Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites, por ejemplo, fue traducido al inglés en 2021 y publicado dentro la colección [Critical South](#) del Consorcio Internacional de Teoría Crítica fundado por Judith Butler –entidad a la que Leonor también pertenecía–. Leonor se ocupó de cada paso con rigurosidad Arfuch. Desde la selección de la imagen de tapa –en este caso, un sugerente [cuadro de Liliana Porter](#)–, o de quien estaría a cargo de la traducción –tenía que ser, decía, alguien que entendiera de poesía, para comprender las sutilezas e inflexiones de la lengua–, hasta de todos los pormenores de la presentación del libro, su difusión o circulación. Su mirada aguda estaba en todo. Verla en acción era todo un aprendizaje del ser y hacer intelectual.

Leonor era una pensadora latinoamericana comprometida con su tiempo. Sus análisis estaban siempre atravesados por una preocupación política, por una lectura situada del presente y sus desafíos. Compartíamos el interés –y la inquietud– por las infancias y sus futuros, así como por los matices que podía aportar una mirada en clave de género de las narrativas memoriales del pasado reciente. En sus últimos trabajos⁸ ella indagó el singular cruce entre memoria, infancia y autobiografía, refiriéndose en particular a las infancias en tiempos de dictadura.

En relación a lo segundo, la preocupación de Leonor por los géneros discursivos (*genre*) – constante a lo largo de toda su trayectoria– encontraría su correlato en un singular interés por el género (*gender*) y las reflexiones que en el caso de algunas narrativas –en particular aquellas que remitían a memorias traumáticas– este cruce habilitaba. Para ella ciertas obras, producidas por mujeres, parecían distinguirse por la hibridación de géneros –o, al decir de Règeine Robin, por un “fuera de género”–, y permitían el despliegue de una subjetividad atenta al detalle, a las pequeñas

⁸ Cabe recordar no obstante que Leonor había realizado a fines de los 90 un trabajo pionero para UNICEF Argentina sobre los modos en que las crónicas policiales criminalizaban a las infancias y juventudes. Nos referimos a [Crímenes y pecados. De los jóvenes en la crónica policial](#), editado por el organismo en 1997.

cosas cotidianas, a los gestos, tonos y registros sutiles, a la reconstrucción de escenas íntimas. Obras donde aún en las ficciones se avizoraba un valor o *plus* biográfico dado por la vida y la experiencia, que producía un “efecto de cercanía”, verosimilitud y autenticidad.

Era consciente del peso de sus intervenciones y gestos públicos, y de la necesidad de defender el espacio de la crítica en un horizonte atravesado por múltiples grietas y discursos autoexcluyentes. Esa posición cuestionadora tenía costos y generaba posiciones encontradas. Leonor dejaba de manifiesto sus afinidades, alejada de la necesidad de agradar o decir solo lo políticamente correcto.

A lo largo de su carrera tomó posición frente a los temas que consideró importantes y fue coherente con ellos: el Juicio a las Juntas, el atentado a la AMIA, la crítica a lo que se denominó el “show del horror” de fines de los 80, los debates acerca del uso de los espacios memoriales, los vínculos entre arte y feminismo, la preocupación por las infancias, los exilios de ayer y las migraciones de hoy, la defensa de las políticas de Memoria, Verdad y Justicia ante el avance del neoliberalismo y de los supuestos discursos “reconciliatorios”⁹, las historias desobedientes. Leonor era un espíritu libre, joven, comprometido, siempre alerta.

Contar la vida

Por eso en su último libro, *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*, publicado por EDUVIM en 2018, Leonor volvió a posar la mirada en fenómenos diversos con el propósito de abordar los múltiples modos en que se contaban ciertas vidas atravesadas por el trauma de la última dictadura militar, así como “la relación tensa, oscilante y sin garantías” entre memoria, subjetividad y política (2018, p. 9). Allí analizaba algunas narrativas de hijas e hijos de desaparecidos, presos o exiliados. Se trataba para ella de obras que eran verdaderos “actos autobiográficos” de duelo hecho palabra, imagen o forma.

También se detenía en las distintas maneras en que “las formas artísticas logran expresar, con otros lenguajes la dimensión traumática y memorial de la vida contemporánea” (12). Como en anteriores escritos su intención no era solo describir, sino interpretar, intentar explicar algunos de estos fenómenos a la luz de los cambios significativos ocurridos en nuestras sociedades –cambios que

⁹ Muchos de ellos se vinculan a una demanda de “memoria completa” que busca equiparar a las víctimas “de un lado y de otro”, posición que Leonor criticó duramente en varios de sus textos por la “pérdida del rumbo ideológico” en relación a ciertas distinciones básicas en el campo de los derechos humanos (2018, p. 74).

nuevamente hablaban de un particular “clima de época”¹⁰– y sentar al respecto una posición ética y política.

Leonor leía estos cambios –esa “sociedad afectiva” en que los medios resultaban cada vez más protagónicos– en escenas y metáforas dominantes, y analizaba su impacto para la vida democrática y las posibilidades del decir y de la escucha sociales. Su mirada también buscaba dar cuenta de una memoria pública que a pesar de la insistencia “se resiste a llamarse *colectiva*” (11). El libro fue traducido también al portugués y al italiano, cosa que la enorgullecía porque le permitía expandir horizontes y llegar a nuevos lectores. El último tiempo Leonor escribía literatura. Un libro – ¿autoficcional?– sobre la historia de su familia y el origen libanés de su padre, al que concebía como una suerte de herencia para sus nietas y nietos.

De herencias y legados

Todavía duele su partida, tal vez por eso ha habido tanto silencio. Quienes conocíamos a Leonor nos quedamos sin saber qué hacer, qué decir, también un poco huérfanos de una orfandad especial asociada al tipo de vínculo único que ella generaba. Pareciera como si su muerte repentina, allá por octubre del año pasado, nos hubiera dejado sin palabras; pero va siendo hora de salir del estupor y recuperar el habla, al menos para rendirle tributo y reconocer todo lo que nos enseñó.

En ese sentido, me pregunto qué es este texto. ¿Un recordatorio, un homenaje, un acto de duelo público, un llamado a la acción? ¿Un intento por hacerle justicia a su vida? Tal vez un poco de cada cosa. La de Leonor es una vida que importa porque nos deja un gran legado, y el peso de su ausencia se siente hasta en esta dificultad para articular estas palabras públicas, en esta necesidad – tan Arfuch– de respetar y confiar en los tiempos del decir.

Desde el punto de vista intelectual, quizás su principal aporte tenga que ver –como lo planteaba Ernesto Laclau en el Prólogo de *El espacio biográfico*– con ayudar a definir un nuevo horizonte para las ciencias sociales y el campo sociodiscursivo. Con un intento de “reconstitución teórica del pensamiento social” basado en un paradigma *retórico* (2010, p. 15) marcado por la centralidad de lo narrativo y por un “yo” descentrado e inherentemente constituido por un *otro*. En

¹⁰ Que como tal tiñe –podríamos decir, sutilmente– todas las manifestaciones de lo social de un modo que se torna casi invisible.

este sentido, el conjunto de la obra de Leonor nos recuerda la importancia de una escucha plural, capaz de proponer una voz no monológica, “no investida de autoridad unilateral” que permita ampliar el espacio del decir, recibiendo hospitalariamente a lo otro –a les otros– y a las voces nuevas.

Desde lo personal, tal vez porque Leonor nos transmitió la certeza de que “la teoría, el pensamiento crítico –y también la poesía– son una ayuda invaluable ante la flaqueza del andar, incluso allí donde parece que todo está perdido” (2018, p. 57) es que me animo a transitar estas aguas (auto)biográficas para recordarla como a ella le gustaría, con la mirada desafiante y una sonrisa. Porque Leonor no tenía un modo melancólico de ver la vida, todo era para ella presente y futuro. Por eso no elijo detenerme en lo que quedó trunco sino, por el contrario, en lo que nos legó. En las sutiles lecturas que su obra abre –y seguirá abriendo–, en las nuevas memorias que encontrarán cobijo en sus palabras, en las múltiples escuchas que sus textos seguirán habilitando. Es allí donde nos seguiremos encontrando –ella, yo, y espero también *nosotros*–, mediados por el afecto y la palabra.


Bibliografía

- Arfuch, L. (2008). *Crítica cultural entre política y poética*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Arfuch, L. (2010 [1995]). *La entrevista, una invención dialógica*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Arfuch, L. (2010 [2002]). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- Arfuch, L. (Comp.) (2016 [2005]). *Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Arfuch, L. (2018). *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*. Córdoba, Argentina: EDUVIM.
- Amato, L. (enero-junio 2022). El espacio Arfuch. *Visitas al Patio*, 16(1), 16-22. Área de Humanidades, Universidad de Cartagena.
- Levstein, A. y Boero, M. S. (diciembre de 2018). Trazos de la memoria. Sobre *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política* de Leonor Arfuch”. En Revista *Heterotopías*, 1(2). Córdoba, Argentina: Facultad de Filosofía y Letras, UNC.

Sarasa, M. C. (2012). Reflexiones en torno a la creación del espacio biográfico. Entrevista a Leonor Arfuch. En *Revista de Educación*, 3(4), pp. 185-192. Mar del Plata, Argentina: Facultad de Humanidades, UNMP.

Fecha de recepción: 17 de noviembre de 2022.

Fecha de aceptación: 30 de noviembre de 2022.

Licencia  Atribución
- No Comercial - Compartir Igual
(by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

